MARISA PUNTA RODULFO

Neurosis, bordes y desbordes

Clínica del sufrimiento contemporáneo



PAIDÓS PSI

Marisa Punta Rodulfo

NEUROSIS, BORDES Y DESBORDES

Clínica del sufrimiento contemporáneo

PAIDÓS Psi

Índice

Agradecimientos 11
Prólogo por Juan Carlos Volnovich..... 13
Prefacio por Fabiana Tomei 21

PRIMERA PARTE
Vigencia del psicoanálisis en el siglo XXI

Introducción 27
Capítulo I. Reconfigurando el campo de las neurosis: entre la pulverización sintomática y la expansión indiferenciada..... 39
Capítulo II. Consideraciones epocales: la subjetividad en la época de lo tele-tecno-mediático..... 45
Capítulo III. El show del yo y su diferenciación de lo psicopatológico 49

SEGUNDA PARTE

El campo polifónico de las problemáticas histéricas

Capítulo IV. Distintas configuraciones de las histerias y sus bordes 57
Capítulo V. Los desafíos del trabajo psicoanalítico: Candela 63
Capítulo VI. La hipersexualización temprana: Victoria 71
Capítulo VII. Un diagnóstico y sus destinos posibles: Clarisa 89

TERCERA PARTE

El amplio territorio de las problemáticas fóbicas

Capítulo VIII. Las fobias universales y sus funciones 99
Capítulo IX. Las fobias como trastorno: Laura 109
Capítulo X. Las neurosis fóbicas y su sintomatología: Javier 131

CUARTA PARTE

Trastornos narcisistas no psicóticos

Capítulo XI. Su clínica específica: Bernardo..... 149

QUINTA PARTE

Formaciones clínicas tempranas

Capítulo XII. Anorexia del segundo semestre y depresión temprana: Caty 169

Bibliografía de referencia 185

Introducción

No escribo estas páginas para fundar una nueva escuela ni para corregir retrospectivamente a Freud desde una supuesta superioridad contemporánea. Mucho menos para agregar otro sistema cerrado al interior de un psicoanálisis ya demasiado inclinado, muchas veces, a transformar hipótesis clínicas en dogmas conceptuales. Las escribo desde una interlocución. Una interlocución sostenida durante años con autores diversos, con pacientes, con dibujos, con sueños, con niños, con adolescentes, con restos clínicos difíciles de domesticar teóricamente, y también con aquello que en el propio psicoanálisis ha permanecido insuficientemente interrogado.

Si este libro se abre con la expresión "Vigencia del psicoanálisis en el siglo XXI", no es porque crea en la ilusión de una ruptura inaugural, como si cada época pudiera decretar un nuevo comienzo. Tal vez se trate más bien de recuperar líneas de pensamiento que el propio movimiento institucional del psicoanálisis fue dejando en los márgenes. Líneas presentes ya en Freud, aunque posteriormente obturadas por ciertas formas de centralización teórica.

Porque hay varios Freud. Y no todos tuvieron el mismo destino.

Existe un Freud monumentalizado, convertido en origen fijo, administrado muchas veces por instituciones que terminaron estabilizando lo que en él era apertura, fisura, interrogación permanente. Pero existe también otro Freud, al que vuelvo una y otra vez: el de *La interpretación de los sueños*. No solo porque allí se inaugure el descubrimiento del inconsciente, sino porque en ese texto el inconsciente no aparece organizado aún como una estructura cerrada, sino como trabajo de transformación, desplazamiento y figurabilidad. Nos dice:

> El más bello ejemplo de la Interpretación de los sueños que nos ha legado la Antigüedad se basa en un juego de palabras. Artemidoro cuenta [libro IV, cap. 24]: "Paréceme, empero, que también Aristandro dio a Alejandro de Macedonia una feliz interpretación cuando este, habiendo rodeado y puesto sitio a Tiro y sintiéndose disgustado y decepcionado por el tiempo que duraba, soñó que veía un sátiro danzar sobre su escudo; Aristrando se encontraba, casualmente, próximo a Tiro, en el sequito del monarca que guerreaba en Siria. Descomponiendo la palabra 'sátiro' (en el idioma original), hizo que el rey redoblara su empeño en sitiar y adueñarse de ella" (en el idioma original = Tuya es Tiro). Por lo demás, tan estrechamente dependen los sueños de la expresión lingüística que Ferenczi (1910) puede señalar con acierto que toda lengua tiene su propio lenguaje onírico.[1]

1. Freud, S. (1978-1915). *La interpretación de los sueños*, cap. II.

Freud se detiene allí no solamente en el contenido manifiesto o latente, sino en la extraña productividad de la imagen onírica. El sueño no traduce simplemente un pensamiento reprimido; produce una escena donde restos perceptivos, huellas mnémicas, condensaciones visuales y fragmentos de experiencia se articulan en una escritura singular. La "Carta 52"[2] ya lo anunciaba: el aparato psíquico no funciona como depósito estático de contenidos, sino como sistema de reinscripciones y retranscripciones. Hay en esos márgenes del sueño algo que el psicoanálisis posterior, muchas veces excesivamente centrado en el lenguaje verbal, no terminó de pensar suficientemente. Porque el inconsciente freudiano no es solamente el inconsciente reprimido: en Freud subsiste otra dimensión más inestable, más cercana a las huellas sensoriales, a las transcripciones múltiples, a los restos diurnos, a aquello que insiste sin haber alcanzado todavía formas de inscripción capaces de organizar esa experiencia: el inconsciente perceptivo. Sus seguidores lo han olvidado.

Sin embargo, gran parte del desarrollo institucional del psicoanálisis privilegió progresivamente una lectura centrada en la representación[3] verbal y en estructuras relativamente estabilizadas. No cuestiono aquí la importancia decisiva de Freud, Lacan o de los grandes desarrollos estructurales del psicoanálisis. Sería impo-

2. Freud, S. (1978-1985). *Fragmentos de la correspondencia con Fliess* ("Carta 52, 6 de diciembre de 1896"). En J. Strachey (ed.), *Obras completas,* vol. 1, Buenos Aires, Amorrortu.

3. El de representación es un término que también cuestionamos, porque implica una presentación anterior, lo que conduce rápidamente a una presentación originaria.

sible pensar hoy sin ellos. Pero sí creo necesario preguntarnos qué zonas de la experiencia clínica quedaron parcialmente invisibilizadas cuando ciertas conceptualizaciones se transformaron en centros organizadores casi excluyentes.

En este punto, la interlocución con Derrida (1967) resulta fundamental. Su lectura de Freud no intenta destruir el psicoanálisis, como tantas veces se dijo apresuradamente, sino devolverle su potencia interrogativa. Percibe con enorme claridad que en Freud la escritura no es metáfora secundaria. El aparato psíquico mismo funciona como escritura: huellas, marcas, borraduras, reinscripciones, espaciamientos. La *différance* derridiana encuentra allí una sorprendente afinidad con el trabajo del sueño: nada permanece fijo; ningún sentido logra cerrarse definitivamente; el inconsciente trabaja desplazando centros.

Tal vez por eso[4] el dibujo comenzó a ocupar para mí un lugar cada vez más decisivo. No como técnica auxiliar ni como expresión imaginaria de un contenido ya sabido, sino como producción de inscripción. Los dibujos infantiles,[5] sus secuencias, sus transformaciones, sus interrupciones, sus superficies borradas y rehechas me fueron mostrando algo que el privilegio histórico de la palabra había dejado parcialmente en sombra: el psiquismo también piensa gráficamente, y ese pen-

4. Y por mi larga formación pictórica con el maestro Demetrio Uruchúa durante diez años, en forma simultánea a mi formación en psicoanálisis.

5. En sus formas tempranas como escrituras de cuerpo. El cuerpo *se dibuja*.

samiento gráfico no constituye un estadío inferior del lenguaje. Allí las interlocuciones se multiplican.

Con Ricardo Rodulfo (1992) comparto la necesidad de cuestionar toda clausura estructural que reduzca el jugar infantil a mera ilustración de categorías previas. Su trabajo abrió decisivamente la posibilidad de pensar el jugar como producción de subjetividad y no solo como representación simbólica.[6] Sus aportes para una deconstrucción del psicoanálisis produjeron una verdadera conmoción al querer sacar el "centro del centro". Su libro póstumo *La castración en cuestión* (2024) –redactado en coautoría con Benjamín Uzorskis– lleva una verdadera reflexión sobre *fundamentos* iniciales de nuestra disciplina, no retrabajados por muchos de sus sucesores. Ricardo, desde sus inicios, cuestionó los postulados del psicoanálisis en su calidad de creencias irrefutables: las creencias –sabemos– siempre conllevan un pensamiento religioso.

Mis conversaciones con Ricardo, tanto teóricas como clínicas, nunca estuvieron guiadas por la lógica del discipulado. Lo más fértil en ellas ha sido precisamente sostener zonas de diferencia, de interrogación mutua, de pensamiento en movimiento. Hoy en día extraño nuestra interlocución.

Con Silvia Bleichmar (1999), la noción de *neogénesis* introdujo una apertura indispensable: la posibilidad de producción de novedades psíquicas reales. El análisis no quedaba reducido así a develar sentidos ya existentes, sino también a crear condiciones para nue-

6. Agradezco a Alejandra Tortorelli quien me aclaró que lo simbólico constituye una idealidad, es decir, lo no partible, mientras que la materialidad es partible.

vas formas de simbolización. Sin embargo, incluso la idea de simbolización exige hoy ser ampliada hacia territorios donde lo figural, lo sensorial y lo gráfico poseen estatuto propio.

También adquieren relevancia en el psicoanálisis contemporáneo los aportes de Luis Hornstein (2002), quien ha desarrollado una profunda reflexión sobre las problemáticas narcisistas, la subjetividad en la cultura actual y los padecimientos ligados al vacío, la fragilidad identitaria y las transformaciones del lazo social. Su obra contribuye a pensar clínicas que desbordan los modelos clásicos de neurosis y psicosis, articulando psicoanálisis, historia y condiciones socioculturales contemporáneas.

Piera Aulagnier (1977) con el concepto de *pictograma*, realizó un movimiento decisivo al pensar formas de inscripción anteriores a la organización discursiva secundaria. Su obra permitió comprender que el aparato psíquico no nace hablando. Pero también aquí aparecen preguntas nuevas: ¿cómo pensar aquello que no se deja capturar enteramente ni por la representación ni por el lenguaje?

Frances Tustin (1989), especialmente en su trabajo sobre *barreras autísticas*, mostró magistralmente cómo ciertas organizaciones defensivas se construyen a partir de envolturas sensoriales y experiencias corporales primitivas. El autismo dejaba entonces de pensarse exclusivamente como déficit para volverse una problemática compleja de inscripción y contacto. Sin embargo, muchas veces las teorías del desarrollo conservaron todavía modelos normativos demasiado estables respecto de aquello que sería una evolución "esperable".

Con Bollas (2013) y con César y Sára Botella (2003) la cuestión de la figurabilidad adquiere una relevancia extraordinaria. Lo sabido no pensado, las formas de trabajo psíquico previas a la narración organizada, los estados de percepción y figuración que anteceden a la representación verbal, dialogan profundamente con mi experiencia clínica respecto del dibujar y de las producciones gráficas infantiles.

También cabe mencionar a Moty Benyakar (2003) por sus significativos aportes acerca de *lo disruptivo*, concepto mediante el cual intenta pensar aquellas experiencias traumáticas que irrumpen excediendo la capacidad psíquica de elaboración. Sus desarrollos permiten comprender numerosos padecimientos actuales que no se organizan estrictamente bajo las formas clásicas de neurosis o psicosis, sino como desorganizaciones subjetivas producidas por traumatismos tempranos, catástrofes vinculares o situaciones extremas que alteran la continuidad del sentimiento de sí.

Ana María Fernández (1993) realizó aportes decisivos para pensar las transformaciones contemporáneas de la subjetividad, especialmente desde una perspectiva crítica del patriarcado, los dispositivos de poder y las formas colectivas de producción de sentido. La autora mostró cómo muchas categorías psicológicas y psicoanalíticas tradicionales estaban atravesadas por supuestos patriarcales que invisibilizaban la experiencia femenina y las diversidades.

También Diego García Reinoso (1980) y Gilou García Reinoso (1995), junto con Juan Carlos Volnovich (2025), resultan interlocutores imprescindibles porque introducen una dimensión que el psicoanálisis no siempre estuvo dispuesto a interrogar con la ra-

dicalidad necesaria: las relaciones entre subjetividad, poder, género, violencia y organización social. Sus aportes permitieron desmontar la falsa neutralidad de muchas conceptualizaciones analíticas que, bajo apariencia universal, reproducían formas históricas de dominación.

En el caso de Volnovich, su trabajo abrió de manera particularmente potente la crítica al patriarcado inscripto en ciertos núcleos clásicos del pensamiento psicoanalítico. Su interrogación sobre la femineidad, sobre los cuerpos sufrientes y mutilados, sobre las múltiples formas de violencia ejercidas hacia las mujeres y niños, obligó a revisar críticamente categorías que durante mucho tiempo permanecieron naturalizadas. Volnovich restituyó la dimensión histórica, política y corporal de construcciones teóricas que reducían la sexualidad femenina a una lógica de carencia o a una derivación secundaria del modelo masculino. Sus desarrollos muestran hasta qué punto el cuerpo nunca es solamente biológico ni puramente pulsional, sino también territorio donde se inscriben discursos de poder, silenciamientos y jerarquías culturales. La reducción de la sexualidad femenina a un órgano pensado como menor respecto del pene no constituye simplemente un error teórico: produce efectos clínicos, subjetivos y sociales profundamente violentos. En ese sentido, sus aportes no buscan cancelar el psicoanálisis, sino devolverle capacidad autocrítica, obligándolo a confrontar aquellas zonas donde pudo transformarse, incluso involuntariamente, en reproductor de formas de sufrimiento que pretendía analizar.

Tanto Ricardo Rodulfo como Volnovich, Gilou y Diego García Reinoso, Ana María Fernández, Moty

Benyakar y otros autores nacionales entre los cuales me encuentro, introducimos una dimensión decisiva para este libro: ninguna teoría de la subjetividad puede pensarse por fuera de las condiciones históricas, políticas y culturales que atraviesan los cuerpos, las sexualidades, las infancias y las formas contemporáneas del padecimiento.

El psicoanálisis no solo ha sostenido marcas patriarcales en muchas de sus concepciones, sino también en las formas de gobierno de varias de sus instituciones. Por eso representa un cambio de paradigma del psicoanálisis del siglo XXI el hecho de que, por primera vez, una psicoanalista mujer y argentina, Virginia Ungar, dedicada además a la clínica con niños, haya sido elegida presidenta de la Asociación Psicoanalítica Internacional. No se trata solo de un reconocimiento individual, sino de una marca histórica de las transformaciones logradas colectivamente por quienes cuestionamos el patriarcado como forma de dominación también dentro del propio campo psicoanalítico.

Pero este libro no intenta reunir autores bajo una síntesis conciliadora. No hay aquí armonía teórica. Hay tensiones. Y deseo conservarlas. Porque justamente allí donde una teoría deja de soportar sus contradicciones internas es donde comienza a rigidizarse. Tal vez uno de los mayores riesgos contemporáneos del psicoanálisis sea el temor para dejarse transformar por aquello que todavía no logra pensar completamente: las nuevas formas de subjetivación, las inscripciones pictográficas, las escrituras gráficas, las producciones corporales, las experiencias perceptivas tempranas, las transformaciones culturales y tecnológicas que modifican profundamente la constitución psíquica.

Volvamos ahora al psicoanálisis freudiano que tuvo un efecto corrosivo sobre los ideales de la sociedad victoriana al descentrar al sujeto de la conciencia y poner en evidencia las contradicciones entre moral social, deseo y vida psíquica. Volvamos al Freud que podía escribir con gran valentía para las costumbres de una sociedad como la de Viena en la que vivió desde sus cuatro años, pudiendo incluso narrar sus propios sueños. Uno de los más bellos desde mi punto de vista, el de "La monografía botánica", sueño altamente condensado que nos interna en un territorio donde las imágenes no obedecen completamente al lenguaje, donde las huellas perceptivas persisten, donde el pensamiento no tiene un único centro organizador y donde el inconsciente continúa produciendo escrituras que todavía no terminamos de leer. Es importante destacar que el trabajo del sueño, y otras formaciones del inconsciente, son imposibles de develar sin contar con los restos diurnos: el inconsciente perceptivo. De acuerdo a lo encontrado por mi propia lectura, en dicho sueño de Freud los restos diurnos nos conducen a múltiples líneas asociativas.

Por eso, este libro, lejos de abandonar el psicoanálisis, quiere devolverlo a su propia incomodidad creadora. Desde mi postura, la figura del *heredero* no solo debe aceptar dicha herencia, sino reactivarla y mantenerla con vida: escoger conservarla.